



RESEÑAS

ARK-CAICYT: <https://id.caicyt.gov.ar/ark:/s25251090/uw2ck8kga>

LA RAZÓN DEL CUERPO FRENTE A LA RAZÓN COMUNICATIVA

Jesús Conill (2021). *Nietzsche frente a Habermas. Genealogías de la razón.*

Madrid: Tecnos

ISBN 978-84-309-8393-3

Formato: Digital.

(por Enrique Herreras Maldonado, Universitat de València, Valencia, España - enrique.herreras@uv.es)

¿Por qué nos interesa la razón? Con esta pregunta, más inquietante de lo que parece a simple vista, Jesús Conill inicia este, por ahora, su último libro. Con esta pregunta, pero también con variadas respuestas que dan pie a la problematización que conlleva este concepto básico de la filosofía de todos los tiempos. Y el nuestro no es para menos, a pesar del paso del elefante posmoderno que supuso la pérdida de confianza en la razón. Ese es el sentir de Conill: seguir con una reflexión sólida y para nada líquida; o mejor, con una autorreflexión de la razón sobre sí misma. Para dicho fin, se pueden seguir diversos caminos especulativos (las respuestas señaladas), pero Conill escoge, siguiendo su trayectoria, la reconstrucción genealógica reconsiderando la postura nietzscheana.

No en balde, la genealogía, desde el punto de vista defendido en el libro, es el “método filosófico” que ayuda a comprender mejor lo que nos pasa (la vida). Y remarco lo de método, que en el caso de Conill significa escavar debajo de la lógica trascendental; más abajo incluso que la fenomenología. Es decir, la transformación hermenéutica de dicha fenomenología que ha ido perfilando a lo largo de sus escritos.

Dicho esto, parece que con un acercamiento a Nietzsche sobraba para explicar estos considerandos. Sin embargo, aparece, en esta reflexión de Conill, la figura de Jürgen Habermas. La primera pregunta es por qué. O, en todo caso, si partimos del planteamiento habitual de la filosofía contemporánea, este libro se debiera titular “Habermas *versus* Nietzsche”. Y no faltarían razones para ello, teniendo en cuenta lo crítico que se ha mostrado Habermas con respecto a Nietzsche. Nótese que cambio el orden de manera consciente, intentado respetar el dato cronológico. Pero también el autor propone este orden porque es, finalmente, Nietzsche el triunfador - metafóricamente hablando- de esta contienda reflexiva.

Dicha crítica continua de Habermas a Nietzsche queda resumida por Conill al señalar que el primero considera que el segundo no sale en su manera de filosofar de un planteamiento estético. ¿Es correcta esta crítica? Conill subraya, de alguna manera, que Habermas tiene una visión errónea sobre la estética, pues, redescubre, con Nietzsche, la importancia de la reflexión sobre la creación artística, precisamente, para llegar al fondo de una razón que brota del orbe artístico, de la capacidad de hacer metáforas. La fuerza artística es una fuerza vital, orgánica, pues solo en la creación hay libertad.

Para cualquiera que haya seguido el itinerario de Conill (un auténtico “espíritu libre”), ese poner a uno frente a otro se veía venir. No solo por tener el corazón filosófico partido, sino por la propia interpretación de Nietzsche (y también la de Habermas, en este caso). Recordemos que en su libro *El poder de la mentira*, Conill, encontró los lazos entre Nietzsche y Kant que bien pueden resumirse en una idea: *hermeneutizar* a Kant. Nietzsche no rompe la línea kantiana, según demostró en su momento Conill, sino que el contragolpe de Nietzsche con respecto al giro copernicano consiste en una ampliación experiencial de la razón pura de Kant a partir de la imaginación poética y la perspectiva como creación. Esta, sigue diciendo Conill, está enraizada en el cuerpo y su vitalidad

dionisiaca, lo cual nos abre a una (peculiar) hermenéutica de sentido (y valor) de la vida libre. La razón, pues, no queda devaluada como hacen los estudios que califican a Nietzsche como irracionalista.

La verdad no es renunciar a la estructura profunda, ya que lo verdadero no surge del punto de vista permanente y seguro, sino que la disyuntiva es hundirse en las raíces de libertad para introducirse en el mundo de la *perspectividad*. Somos prisioneros de nuestro aparato sensorial, de la fisiología de los sentidos: de ahí nacen nuestros juicios de valor.

Una seductora confrontación

Ahora, en el libro en cuestión, se trata de buscar el hecho de que estos dos autores (Habermas y Nietzsche) no sean conjuntos disjuntos, siguiendo la línea señalada. El resultado es una seductora confrontación: la que se produce entre la genealogía de la razón corporal y la de la razón comunicativa.

Para ello, el autor indaga sobre las fuentes de Habermas que han sido inadvertidas y eso que son fundamentales, según Conill, para comprender su conocida y reconocida teoría de la acción comunicativa.

El objetivo, pues, está en recobrar, como ya habrá quedado claro, y ahora lo remarco, el interés por la razón, aquel concepto que en otros tiempos sirvieron para definir lo humano (“un animal que tiene lógos”), y hasta “lo universal”. Y la mejor manera para lograr dicho interés consiste en poner a trabajar su lupa para ver mejor la genealogía de la razón (las genealogías, en este caso), que es el cometido de este libro. El enfoque genealógico consiste en reconstruir la historia de la formación del pensamiento y de la razón misma. Es ahí donde se reconcilia la razón corporal (impura, sentiente, vital...) y la razón comunicativa.

Pero eso no lo hace el catedrático de Filosofía Moral a partir de una superación hegeliana, y sí desde una filosofía hecha a martillazos, pero para construir y no para deconstruir, dando por sentado que el regreso a los orígenes es el mejor camino para descubrir un presente y un futuro de una razón en sentido histórica y corporal. Esto se

consigue perfilando mejor la percepción habermasiana de la genealogía de la razón; porque, según Conill, esta deja lo sagrado encerrado en estadios anteriores del aprendizaje moral. Esta posición enturbia la propia percepción de la razón comunicativa, a la que le falta un auténtico análisis de la experiencia humana.

Conill reconoce no obstante el esfuerzo que hace Habermas, en su última etapa, en descubrir explícitamente que en los orígenes de la razón se encuentra la imaginación religiosa. Y también observa que tanto Nietzsche como Habermas reconstruyen la gestación histórica de la razón a partir de la experiencia vital y su progreso mediante procesos de aprendizaje, aunque los caminos llegan a destinos distintos: a una religión racionalizada en la perspectiva de Habermas y a una experiencia trágica en el diagnóstico cultural de Nietzsche.

Ese es el problema de Habermas, según Conill: su análisis genealógico de la razón comunicativa se realiza de una manera restringida, parcial, porque se olvida de Nietzsche, lo cual es lo mismo que olvidarse de cotejar asuntos tales como el hecho de que antes de ser razón comunicativa, fue razón poética, la que brota el animal fantástico. Porque si lo que está en juego es el hecho de argumentar, los gestos son también argumentos y no sólo las proposiciones. No obstante, el lenguaje es experiencia, por lo que volvemos a una constante: la necesidad de profundizar en la experiencia vital. No en balde, en cualquier proceso del lenguaje hay una *metamorfosis*, una experiencia creadora en sus inicios. La cuestión es que Habermas hace, finalmente, con las raíces religiosas lo mismo que Kant, es decir, mantener la religión dentro de límites de la mera razón, en este caso, difuminados en una sociedad pos-secular.

Es en esa tesitura en la que el libro propone recobrar el aspecto sagrado, es decir, las entrañas religiosas de la razón moderna. Eso es lo mismo que averiguar qué es lo que otorga fuerza a la razón a través del dinamismo de las creencias. Es ahí donde Conill, precisamente, encuentra la falta de Nietzsche en Habermas al no haber planteado este la mencionada encrucijada entre Kant y un Nietzsche cuya genealogía ofrece una alternativa a la racionalización de los contenidos religiosos.

Es ahí donde Conill escarba en las huellas de lo sagrado, o, en concreto, del cristianismo trágico (el del Jesús el que anduvo en la mar, como decía Antonio Machado).

Puede ser, en fin, paradójico que esa búsqueda de los orígenes de la razón -que progresa mediante procesos de aprendizaje, a partir de experiencias vitales e históricas- sea el mejor modo de renacer en un tiempo donde predomina una cultura neopositivista, repleta de ficciones narrativas que propician las tecnologías -dentro de las que se encuentran las relaciones entre la inteligencia corporal, sentiente biológicamente, y la cada vez más evolucionada inteligencia artificial-; pero también mercantilizada, no lo olvidemos.

Un libro, en fin, clarificador, penetrante y hasta purificador (en sentido trágico) argumentado con notable carpintería académica, y, no por ello, exento de “vital” polémica inducida, sobre todo, por una cuestión: ¿está agotado el cristianismo por su nihilismo? Su respuesta viene a ser la siguiente: si la figura de superhombre demuestra que no están agotadas las posibilidades del ser humano, tampoco está agotado el cristianismo en su versión nihilista, sino que cabe una vivencia trágica del cristianismo, formando parte de un nuevo sentido poético de la vida.